

SOBRE LA CLARIDAD EN EL PAISAJE.

Damián Álvarez Sala, Ingeniero de caminos.

Tal vez lo que de manera más directa recibimos del paisaje, lo que de él antes toma para sí el corazón, adelantándose sin contemplaciones a la titubeante y torpe acción del pensamiento, sea la confianza ante lo que se entiende desde el primer golpe de vista; o bien, la inquietud ante lo que nos hace sentirnos extraños al lugar en que estamos o vivimos. El paisaje nos acompaña y nos reconforta alcanzando su acción el más profundo nivel de lo inconsciente cuando nos confirma lo esencial y duradero del lugar, cuando lo experimentamos como verdadero; o nos perturba humillándonos como a extranjeros en nuestra propia tierra cuando percibimos que crece en su interior el bulto de la falsedad, sea como irrupción brutal de hechos aislados, sea como sigilosa invasión de la totalidad por lo monstruoso. En este caso la misma perturbación, el malestar ante el paisaje, será una valiosa señal de alarma de la destrucción o el daño que se está produciendo. El paisaje habla a quien quiere y sabe escucharlo.

La claridad es más que un valor primordial en nuestra cultura; su búsqueda determina la evolución del hombre, que se debate en la oscuridad y cuya actividad característica, ahora como en sus más remotos orígenes, es abrir claros en el bosque, iluminar la negrura de la noche, encontrar rumbo en el mar agitado, camino en la indeterminación de los infinitos destinos de la tierra. Buscamos, donde podemos y como podemos, claridad, luz que ahuyente de nosotros el temor, que nos permita

abandonar el estado propio del animal, la condena a estar permanentemente al acecho, a no poder abandonarnos nunca al sueño, a no confiar. El orden que encontramos en la tierra nos proporciona esa elemental y primera confianza; la tierra turbia y desordenada nos devuelve al ancestral temor.

En la conversación con la tierra los oídos están en los ojos. Mirar es escuchar con los ojos. Estos se fijan en las formas de la tierra y en las que el hombre va dejando en la tierra, y las interpreta como signos. Mirar es la primera acción de comunicación con lo otro, con lo que no somos, pero en lo que nos disolvemos y cristalizamos sin cesar. Eros rige esa relación cuya clave está en cómo intervienen la diferencia y la distancia. Eros crea formas, no las anula, no aplasta a lo diferente sino que lo multiplica mientras temple y acuerda el campo de las distancias. El deseo y su eficacia solo se producen entre seres distintos, separados por una distancia que no puede ser cualquiera; eficacia, pues hay una razón práctica en la acción de Eros, más profunda y característica que la ensoñación que le atribuye la pamplina sentimental. Eros es, antes que nada, necesario para la transformación de la realidad; es decir, para su eterna recreación. La aproximación erótica ha de recorrer el camino que fija la distancia y emplear la energía potencial que surge y se tensa en la diferencia con la demora del arado que se hunde en la tierra, para que el esfuerzo culmine en creación y no en mera agitación superficial.

Pero distancia y diferencia son conceptos que solo tienen sentido, significado concreto, en la claridad. Se dan en la claridad

y contribuyen a su alquimia. En relación con el paisaje, lo podemos entender inmediatamente. La experiencia del paisaje es una comunicación, sea transferencia profunda o esforzada construcción de lo consciente, o ambas cosas mezcladas en cualquier proporción, que no puede existir sin la claridad del espacio y de lo que el espacio contiene. En el paisaje la claridad es un valor que se construye, o se destruye, por la acción humana sobre el valor propio que el lugar posee por conformación natural. Encontramos claridad, primero, en la naturaleza, cuyas formas son siempre estados de equilibrio resultantes de innumerables repeticiones. Estados cuyos factores y procesos podemos entender a partir de las formas que presentan. Esto es así porque la naturaleza posee un lenguaje refinado, muy evolucionado desde los balbuceos que siguieron a los cataclismos primitivos. Unos balbuceos que resurgen violentamente, de forma esporádica, cuando sobreviene la catástrofe, la inundación, el terremoto, el fuego. Entonces son necesarios de nuevo múltiples ajustes de las formas y las fuerzas hasta que el paisaje vuelva a parecer en reposo, aunque nunca llegue a estarlo, y su mensaje vuelva a parecerse claro.

Percibimos y respondemos de manera bien distinta el espectáculo de la montaña joven, cuyos abismos nos perturban como a insignificantes entrometidos en una discusión entre titanes no resuelta, que a las campiñas bajas donde el espeso manto de margas calma con la quietud máxima de un antiguo fondo marino; o al borde del mar, que nos trasmite íntimamente el pulso de la luna, a la vez que la seducción de lo desconocido, la llamada al viaje. La experiencia de la naturaleza salvaje es

más sobrecogedora que clara. Lo es en la montaña, en el desierto o ante el mar, donde los ojos parecen fijarse no tanto en las masas sobrehumanas e infinitas inmediatas como en lo que no se ve. La claridad del paisaje es un valor adquirido por la tierra al transformarse en territorio. Es, sobre todo, el atributo que a la tierra le proporciona la ordenación territorial, y debe ser un objetivo básico de ésta como técnica moderna de planificación de la organización del espacio del hombre. La claridad del paisaje dependerá, desde luego, de los usos extensivos de los suelos: de la agricultura y la silvicultura, pero en ella, históricamente, han tenido especial importancia las infraestructuras: los caminos del transporte y los caminos del agua, así como la implantación y evolución de las ciudades y la urbanización. Sin olvidar los numerosos episodios destructivos que ha conllevado, la transformación de la tierra en territorio ha consistido en un largo proceso de iluminación, de apertura y significación, de civilización, en el que las ciudades y los caminos han sido respectivamente los polos y los arcos de luz que unen a los polos. Los caminos conducen a los ojos al interior del bosque, de lo remoto, y lo iluminan. Las ciudades iluminan a su vez a los caminos, les proporcionan razón de ser, aunque hoy una de nuestras preocupaciones mayores sea precisamente la oscuridad que muchos caminos y ciudades actuales introducen en el paisaje, con sus procesos de construcción acelerados y ajenos al lugar en que acontecen.

Entre los caminos, los del ferrocarril, por las rígidas exigencias de su trazado, que no podrá sobrepasar pequeñas pendientes y curvaturas, aporta a las formas naturales del

relieve el precioso contrapunto de la geometría de largo periodo, y muy especialmente el de la horizontalidad. Como ocurre con los acueductos, que son los caminos artificiales del agua, al cruzarse con las formas naturales del relieve, a las que puede salvar mediante estructuras pero siempre bajo la implacable ley de la gravedad, el ferrocarril aporta intensidad a la claridad del paisaje, una escritura territorial de gran estilo que la tantas veces descuidada y prepotente técnica carretera de nuestros días, tan segura de sí que pasa por encima de todo casi sin mirarlo, nos hace añorar cada vez más.

En las infraestructuras, las obras singulares, los puentes, los túneles, las torres, no son sino acentos en el conjunto de las formas y las construcciones. Su valor, su dignidad, se fundamenta en una sola razón: ser necesarios y resolver de la manera más sobria y verdadera esa necesidad. Y sin embargo es en este estrecho margen donde se alcanza la tensión suprema, donde brota legítimamente la intención paisajista y puede realizarse el fruto de ella. Pero, aparte de estos acentos de luz, son las redes las que iluminan, las que introducen claridad en el paisaje y asombro en nuestros espíritus a poco que consideremos el enorme esfuerzo realizado por el hombre a lo largo de siglos, con escasísimos medios, para abrir los pasos más difíciles y llegar a los lugares más remotos. La visión de los viejos caminos, bien apretados a la tierra, más bien clavándose en ella que abrumándola con masivos terraplenes de escombros, siguiendo sus movimientos generales, respondiendo palmo a palmo a su naturaleza variable, en cuyos bordes podemos pararnos a escuchar los ecos de los viajeros de épocas pasadas,

nos ayudan tanto a comprender y valorar la claridad del paisaje del que forman parte como el olivo que le da un poco de compañía, o la lechuza que en el atardecer, levanta repentinamente el vuelo llenándonos de admiración.

Sevilla, dos de noviembre de 2000